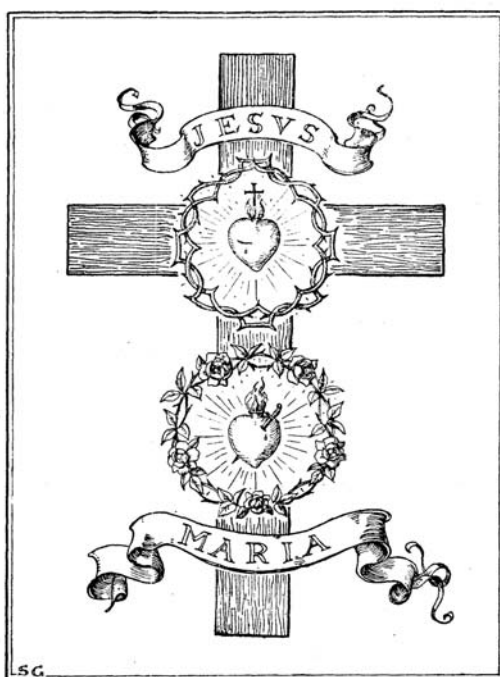


¿Cómo amaría el Corazón de María al Corazón de Jesús?

CRISTINA ABBAD LUENGO
MIQUEL BORDAS PRÓSZYNSKI

NINGÚN corazón, aun el de la madre más generosa, superará jamás el amor del Corazón de María hacia su Hijo y, por el testamento de la cruz¹, hacia todos nosotros. Por tanto, para comprender mejor el amor que nos tiene María, contemplemos su amor hacia Jesús: ¿cómo amaría el Corazón de María al Corazón de Jesús? ¿Cómo amaría ella ese Corazón que comenzó a latir en su seno, entablando un diálogo intimísimo que sólo una madre es capaz de mantener con su criatura, que a su vez era su Creador? ¿Cómo amaría la Virgen al Corazón de su Hijo, nacido de sus entrañas, que treinta y tres años después sería traspasado con la lanzada que nos abría la puerta de la Misericordia? Cuando el Corazón de Jesús latía en el vientre de María, el Corazón de su Madre lo nutría con su sangre, con su amor, con todo su ser. Así, cuando la sangre del Corazón de Jesús fue derramada por muchos en la cruz, en cierto sentido esta preciosísima sangre era también sangre de María. Desde su Purísima Concepción, la Inmaculada guardó silencio en la expectativa sublime de la escucha del primer latido de un Dios que se

latido del Corazón de Jesús en su paso por la Tierra. Sobre todo, María dijo «Sí» al último latido del Corazón de Jesús en la cruz. Cuando el Corazón de Cristo se detuvo... sus latidos siguieron resonando en el Corazón de aquella, que como un nuevo Abrahán, creyó contra toda esperanza. ¡Qué gozosa sería la fusión de corazones en el amanecer de la Resurrección! Desde entonces, hasta ahora, el Corazón de la Madre –verdadero Corazón de la Iglesia– sigue auscultando los latidos del Corazón de Jesús. Por ello, el «Sí» de la maternidad de María implicó no sólo la acogida del Hijo de Dios, la Encarnación del Verbo, sino también la entrega y donación de su Hijo, que ofrecería su vida por nuestra salvación. En otras palabras, en la cruz fue ratificado lo que en la Anunciación había sido aceptado. El Corazón corredentor de María por nuestra salvación se asoció en la Pasión al Corazón de Jesús. Allí, el Corazón de María nos engendró en el Cuerpo místico de su Hijo.



Jesús no ha reservado los tesoros de su Corazón exclusivamente para su Madre. Cristo dejó que el soldado Longinos traspasara su costado para abrirnos su Corazón.

haría hombre en su seno. En la Anunciación, con su *Fiat*, María «permitió» el primer latido del Corazón de Jesús. A partir de entonces, María diría «Sí» a cada

Los secretos que alberga el insondable amor de estos Corazones entre Madre e Hijo sólo ellos los conocen y no habría palabras en esta tierra para describirlo... Sin embargo, Jesús no ha reservado los tesoros de su Corazón exclusivamente para su Madre. Cristo dejó que el soldado Longinos traspasara su costado para abrirnos su Corazón «de par en par» –y también, mediatamente, el de su Madre– para lavarnos con su sangre y con el agua viva que nos purifica y nos otorga una vida nueva; para aprender la teología del amor de su Corazón, como lo hizo el apóstol Juan, reclinado en su pecho. La llaga del Corazón de Jesús es el pórtico de su amor, océano de su miseri-

1. «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19, 26).

cordia, luz que inunda nuestras tinieblas, consuelo en la tribulación y esperanza cierta de la victoria de la cruz. «Sus heridas nos han curado» (Is 53, 5). El Corazón de Jesús es todo amor; sin embargo, tiene sed de amor, de nuestro amor, del amor de todos los hombres. Ciertamente, por mucho que nos lo propongamos, nuestro amor nunca podrá corresponder a este Corazón que tanto nos ama. Aunque, ciertamente, sí existe un corazón humano capaz de hacerlo: el Corazón Inmaculado de María. Es un corazón que jamás le ofendió, que aceptó el gozo y el dolor, el abrazo de su Niño en Nazaret y el martirio de entregarlo en la cruz. La Iglesia ha tomado especial conciencia de ello en los tiempos modernos. San Juan Eudes fue de los primeros en expresarlo: «todo lo que el Corazón de Jesús amó, el Corazón de María lo amó [...]. Aquello que regocija el corazón del hijo, regocija el corazón de la madre; lo que crucifica el corazón del hijo, crucifica el corazón de la madre»². El Corazón de la Inmaculada es el *foederis arca*, anunciada por Dios mismo para ser el primer sagrario y su paraíso la Tierra. Es la delicia del Cielo entero. Santa Teresita cantaba líricamente en «¿Por qué te quiero, oh María» que «los tesoros de la Madre lo son del niño». Y si la Virgen María no se reservó en la tierra su mayor tesoro, que era su Jesús, ¿cómo no va a compartir con nosotros sus hijos, también ahora, su tesoro más valioso: el Corazón de Jesús?

San Maximiliano Kolbe, sacerdote franciscano y

2. Cf. *Le coeur admirable de la Très Sacrée Mère de Dieu ou la devotion au très Saint Coeur de la bienheureuse Vierge Marie, par le R.P. Jean Eudes...* Troisième édition, T. I, Chez Seguin Ainé, Imprimeur-Libraire, Paris 1844, p. 137 (la traducción es mía).

conocido como «el loco de la Inmaculada» por su apasionadísimo amor a la Virgen —que quería extender hasta los confines del Orbe— explicaba: «todo se concentra en el amor de Dios. Y bien, ¿quién ama más a Jesús, pobre y crucificado, a Jesús en el pesebre, que la Madre Santísima? Nadie en el mundo, incluso entre los ángeles, ha amado ni ama tan ardentemente al Señor Jesús como la Madre de Dios» (conferencia de 4-9-1937³). En otra ocasión el padre Kolbe enseñaba a sus frailes:

«el Corazón de Jesús es el símbolo del amor de Dios... El alma que contempla toda esta revelación del amor quisiera devolver amor por amor. Pero por experiencia sabemos que todos somos muy débiles. Y aquí se manifiesta el amor del Corazón divino, que nos da a su propia Madre para que podamos amarlo con su Corazón, el de Ella, no con nuestro pobre corazón, sino con su Corazón Inmaculado. El amor de la Inmaculada es el más perfecto amor con el que una criatura puede amar a su Dios. Con este Corazón intentemos amar cada vez más al Corazón de Jesús, y sea éste nuestro mayor deseo. Hay que obrar de manera que muchas almas lo reciban todo de ella, y que muchas almas estén unidas al Corazón dulcísimo de Jesús por medio de ella. Hay que someterle primero nuestro corazón, y después todos los demás» (conferencia de 28-6-1936⁴).

3. Cf. VILLEPELÉE, J. F., *La Inmaculada revela al Espíritu Santo*, Testimonio de autores Católicos Escogidos, Barcelona 2006, p. 93. La traducción íntegra al español de las conferencias de san Maximiliano a sus frailes está actualmente en curso. Véase también la traducción española de la obra kolbiana: *Escritos de san Maximiliano M. Kolbe*, Centro Internazionale Milizia dell'Immacolata, Roma 2003.

4. Cf. VILLEPELÉE, J. F., op. cit., pp. 92-93

«Fátima completa Paray-le-Monial»

La devoción al Sagrado Corazón y la devoción al Inmaculado Corazón de María no pueden dissociarse. Fátima completa Paray-le-Monial. Así, es por María, y sólo por ella, que podemos ser salvados de los peligros que nos amenazan (...) Dios nos presenta el Inmaculado Corazón de María como el último recurso y el medio de salvación por excelencia. María es mediadora de todas las gracias de Dios. En unión de oración con el Inmaculado Corazón de María.

Yves de LASSUS, *Lettre de liaison* n° 44 (29 janvier 2016)

Una de las expresiones que más utilizaba san Maximiliano era la de ser «instrumentos» de la Inmaculada, también lo aplicaba al Corazón de Jesús:

«esforcémonos en amar al Señor Jesús con el Corazón de la Inmaculada, en recibirle con su Corazón, en alabarle con sus actitudes, las de ella, en reparar, agradecer, incluso aunque no lo sintamos, aunque no lo comprendamos, pues a pesar de todo es la realidad» (conferencia de 5-7-19365).

El franciscano mártir de la caridad sabía que la mejor forma de conocer, amar y vivir en el Corazón de Jesús, era por medio de la Inmaculada:

«Ella sola nos enseñará cómo amar al Señor Jesús, mucho mejor, sin comparación, que todos los libros y todos los maestros. Ella nos enseña a amarlo como ella lo ama. Y todo nuestro esfuerzo debe tender a que ella sola ame a Jesús con nuestro corazón» (conferencia de 3-9-19376).

Parece muy congruente con la Revelación, el Magisterio y el sentir del Pueblo de Dios esperar que Cristo quiera que su Reino venga a través del reinado del Corazón de María, que representará el triunfo de la Iglesia

Otro eminente santo mariano, san Luis María Grignion de Montfort, también supo descubrirnos en la Virgen María el mejor medio para llegar a Jesús y, por consiguiente, para adentrarnos en su Corazón. Afirma el santo francés:

«aunque se me trazara un camino nuevo para ir a Jesucristo, y supongamos que este camino estuviera enlosado con todos los méritos de los bienaventurados, adornado con todas sus virtudes heroicas, alumbrado y hermosado con todas las luces y bellezas de los ángeles [...], antes que ir por ese camino tan perfecto, yo preferiría ir por el camino inmaculado de María: vía o camino sin mancha ni suciedad, sin pecado original ni actual, sin sombras ni tinieblas; y si mi amable Jesús, con toda su gloria viene otra vez al mundo (como es cierto que ha de venir) para reinar en él, no escogerá otro camino para su viaje más que el de la divina María, por el cual tan segura y perfectamente ha venido la vez primera»⁷.

Podemos dejarnos conducir por Nuestra Madre, para que sea Ella la que nos acerque cada día, a cada instante, al Corazón de su Hijo. San Luis María Grignion de Montfort nos propone así la consagración total a la Santísima Virgen. Él asegura que «es el medio más seguro, más fácil, más corto y el más perfecto camino para ir a Jesucristo»⁸. El ejemplo del escultor que el santo nos propone es bien ilustrativo:

«hay una gran diferencia entre construir una figura en relieve a golpe de martillo y de cincel y hacerla por medio de molde; los escultores y estatuarios trabajan mucho en construir figuras del primer modo, y emplean mucho tiempo; pero de la segunda manera trabajan poco y hacen mucho en corto tiempo. San Agustín llama a la Virgen *forma Dei*, el molde de Dios [...]. El que es echado en este molde divino, bien pronto es formado y modelado en Jesucristo, y llegará a ser semejante a Dios, toda vez que ha sido echado en el mismo molde en que se formó un Dios hecho hombre»⁹.

Pues bien, el Corazón de Jesús no sólo recibe nuestros ofrecimientos con el mayor de los gozos, viniendo de las manos de su Madre, sino que además, la Virgen se encarga de adornarlos con sus propios méritos, de forma que aún agraden más a su Hijo. Así lo refiere el autor del *Tratado*:

«deseando la Santísima Virgen, por su inmensa caridad, recibir en sus manos virginales, el regalo de nuestras acciones, les da una belleza y un esplendor admirables, las ofrece a Jesucristo sin temor de ser rechazada, y Nuestro Señor se glorifica más en ello que si se lo ofreciésemos con nuestras manos criminales»¹⁰.

Sin embargo, hay quien pueda estar tentado de pensar que honrando de este modo a Nuestra Señora, Jesucristo quedaría en un segundo plano. San Luis María también nos previene contra este escrúpulo: «no pensaréis jamás en María, sin que María, por vosotros, piense en Dios; no alabaráis ni honraréis jamás a María, sin que María alabe y honre a Dios. María es toda relativa a Dios, y me atrevo a llamarla la «relación de Dios», pues sólo existe con respecto a Él, o el eco de Dios, ya que no dice ni repite otras cosa más que Dios. Si dices María, ella dice Dios»¹¹.

El Corazón de la Inmaculada nos introduce en el Corazón de Jesús y nos asegura su victoria, no

5. *Ibíd.*, p. 93

6. *Ibíd.*

7. Cf. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, Combel Ed., Barcelona 2003, p. 104-105.

8. *Ibíd.*, p. 44

9. *Ibíd.*, p. 143.

10. *Ibíd.*, p. 146.

11. *Ibíd.*

sólo personalmente, sino también en el plano familiar, social y político. A este respecto, la misma Virgen María prometió en Fátima a los pastorcitos: «al final, mi Inmaculado Corazón triunfará». Y es que parece muy congruente con la Revelación, el Magisterio y el sentir del Pueblo de Dios esperar que Cristo quiera que su Reino venga a través del reinado del Corazón de María, que representará el triunfo de la Iglesia. San Luis María ya anhelaba con esperanza ese tiempo en que María reinaría en todos los corazones para preparar el Reino del Corazón de Jesús. Así, se planteaba:

«¿cuándo llegará aquel dichoso tiempo [...] en que todo estará lleno de María? [...] ¿Cuándo las almas respirarán a María, como los cuerpos respiran el aire? Cosas maravillosas sucederán entonces en este

lugar de miseria, en que, encontrando el Espíritu Santo a su amada Esposa como reproducida en las almas fieles, vendrá sobre ellas abundantemente y las colmará de sus dones [...] para obrar maravillas de la gracia; ¿cuándo llegará ese tiempo feliz y ese siglo de María, en que las almas, absorbiéndose en el abismo de su interior, lleguen a ser copias vivientes de María para amar y glorificar a Jesucristo? Este tiempo no llegará más que cuando se conozca la devoción que yo enseño: Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor tu reinado»¹².

En nuestros tiempos difíciles, la Providencia nos brinda la mejor entrada al Corazón del mismo Dios: el Inmaculado Corazón de María.

12. *Ibíd.*, p. 142.

«Amar con el Corazón de María al Corazón de Jesús»



«Toda la vida de Jesús y toda su actividad es amor de su Sagrado Corazón... El alma que ve todas esas manifestaciones de amor, también querría pagar amor con amor, pero por experiencia sabemos lo débiles que somos. Y es aquí donde se manifiesta el amor del Corazón de Dios que nos ofrece su propia Madre para que podamos amarle a Él con el corazón de ella. No ya con nuestro miserable corazón, sino con su Corazón Inmaculado. El amor de la Inmaculada es el amor más perfecto con el que una criatura puede amar a su Dios. Así, pues, tratemos de amar cada vez más con el Corazón de María, al Corazón de Jesús, y que eso sea nuestro mayor incentivo. No sólo debéis tratar de conquistar muchas almas para ella, sino también de conseguir a través de ella que el mayor número posible de almas se funda con el dulcísimo Corazón de Jesús. Primero hay que conquistar de esa manera el propio corazón y, después, otros corazones. ¡Que ese sea nuestro mayor estímulo!

Conferencia de san Maximiliano, 28 de junio de 1936, festividad del Sagrado Corazón de Jesús.